

## RAMON LOPEZ VELARDE:

## "EL AROMA DEL ESTRENO"

P o r A L F R E D O M A I L L E F E R T

1

TIENE el poeta una avidez como la que tiene la tierra en los jardines olvidados de provincia: esos jardines polvorientos, con bancas rotas, bugambilias encendidas y golondrinas iglesieras. Pero que llegue el mes de mayo, y que las primeras gotas comiencen a escurrir en los vidrios verdosos; que comiencen a levantar sus polvaredas en el jardín y en las callejitas, y, con el poeta, nos sentiremos luego hechos de barro. (Este año también... como los otros!...)

Tarde mojada, de hálitos labriegos  
en la cual reconozco estar hecho de barro,  
porque en sus llantos veraniegos,  
bajo el auspicio de la media luz,  
el alma se licúa sobre los clavos  
de su cruz...

2

Las irregularidades y altibajos de sus versos, así como el aire plácido, y un poquito enlutado, que se respira en muchos de ellos; sus líneas de acentuados zig-zags, así como los lugares de silencio—deleitoso silencio—que se abren de pronto en la lectura, y que son como jardines quietecitos, o como plazuelas que tienen enmedio una fuente rumorosa... nos trasladan, muy pronto, a la "bizarra capital de su Estado, que es un cielo cruel y una tierra colorada". ¡Irregularidades de los versos de López Velarde, cuestras de su poesía, que tan gratas sorpresas deparan—no les busquemos antecedentes extranjeros, pues son en sí mismas un goce peculiarmente pueblerino! ¡Alturas y hondonadas de su poesía, que tan variados horizontes descubren, y que siguen siendo para tantas gentes "una broma pesada!..."

3

No nos han detenido a nosotros, para leerlo, esas empinadas cuestras, ni los recovecos un tanto lóbregos. (A veces, sólo un romántico farol brilla en ellos; y hace de fantasma gramatical un pavoroso adjetivo). Seguíamos con gusto estas irregularidades de sus poemas, porque íbamos encontrando dentro de ellas mismas, o encontrábamos de pronto, al torcer el esdrújulo más esquinado, y gracias a esto mismo, características que no había tenido nunca la poesía mexicana; que estaban allí, en la provincia—en los pueblos y en el campo—pero que nadie había sabido verlas, y menos, todavía, respirarlas, "respirarlas como a un ambiente frutal". Porque los escritores antiguos eran demasiado costumbristas y sólo escribían para obtener la ilustración minuciosa de la litografía; o porque eran demasiado—pero librescamente—románticos, y las muchachas de los Estados resultaban vestidas de ajenos poemas; y nadie, nadie había sabido verlas como López Velarde: a la vez, con ojos melancólicos de paisano y de poeta:

Jerezanas,  
os debo mis virtudes católicas y humanas  
porque en el otro siglo, en vuestro hogar,  
en los ceremoniosos estrados me eduqué,  
velándome de amor, como la frente  
se velaba debajo del tupé.

4

(Nosotros sentimos, sin embargo, que una observación como la de "Micrós", aunque más selecta y más finamente irónica, y una elegancia como la del "Duque Job", aunque más nuestra, más estilizada, más remembrante, se hallan en la raíz y pueden ser un antecedente plausible de los cuatro libros velardeanos. A condición, por supuesto, de que después vaya a existir Ramón López Velarde).

Y de que existiera donde y como él vivió: con su niñez toda olorosa al copal de los incensarios, y toda vibrante con las visiones de aquella tierra cruel “que suena a plata...” Con su niñez, que lo acompaña apenas unos cuantos pasos, ¡deliciosa Beatriz pueblerina!, con la “virgen que fue su catecismo”, y que, dejándole en los ojos el casto perfil de la provincia, le deja de bruces en la adolescencia... romántico, solo, acaso en la banca de un jardín de Zacatecas, y ya con un librito de Baudelaire entre las manos. Y su adolescencia es: el corredor vetusto, el patio lleno de luna donde se besaban los abuelos: es el zenzontle que acaricia con su canto el cuerpo de la noche; es Carmen, que cantaba; es Virginia;... es su prima Agueda, que

llegaba

con un contradictorio  
prestigio de almidón y de temible  
luto ceremonioso

y que le

causaba

calosfríos ignotos.

(Agueda era  
—luto, pupilas verdes y mejillas  
rubicundas—un cesto policromo  
de manzanas y uvas  
en el ébano de un armario añoso).

Y es, por fin, un día su adolescencia... Fuensanta, Fuensanta, de quien López Velarde se prendió al curvo pecho, “como una codorniz!”...

Y ya toda la obra de López Velarde es como ese entrar y salir—por las ventanas, por los arcos, por las cúpulas—de las golondrinas iglesias. Y su iglesia—por más que él se aleje, por más que él se distraiga, y aun después de su último viaje sin retorno... es Fuensanta...

Pero se necesitaba haberse desatado de aquel “pecho curvo” como una codorniz, para que la poesía velardeana robusteciera y completara sus rasgos más extraños. ¡Qué llegada a México, de López Velarde!... Se necesitaba la destilación de aquel quieto ambiente y la superposición de un siglo sobre otro, para que se completara la perso-

nalidad del poeta, y, acentuándose al propio tiempo la nostalgia provinciana, surgiera el mejor de estos cuatro libros, que en nuestro sentir fue “Zozobra”.

Si él se queda en provincia, en la casa de “los dos púdicos medallones de yeso”, “a la sombra de las muchachas en flor”, habría hecho sin duda cosas adorables, pero... conocidas: no habría alcanzado la agudeza de la modernidad—y no tendrían para la poesía mexicana muchas de sus páginas—para decirlo con sus propias palabras: “el aroma del estreno”. (Estreno en 1920 y que, muerto el poeta, se ha quedado intacto y nos da, todavía, su dichoso aroma nuevo).

Ya en México, zarandeado por la ciudad audaz e inquieta, él hace cosas especiales: de un raro sentido; de una extraña música, lo mismo en las teclas negras que en las blancas.

Si él se quedase en provincia...

¡Dejemos las hipótesis, tan gratas!, pero que apenas tienen más valor que una grafología literaria.

¿Nos gusta íntegramente, tal como es, la poesía de Ramón López Velarde? ¿No nos estorba a veces cierto ingenuo trascendentalismo y uno como aire cabalístico incipiente? ¿Es que está esto en pugna con su poesía, pero, al propio tiempo, la caracteriza?

¿No nos parecen, a ratos, sus poemas algo así como una carta adorable de sencillez, pero escrita con presuntuosa caligrafía?...

Pero, sin este velo que arrebujaba sus contornos y al mismo tiempo los delinea e identifica, la muchacha apasionada e ingenua que es, después de todo, la poesía de López Velarde, perdería gran parte de su misterio y de sus encantos.

Dejémosle su puntita de afectación, que es a ratos deliciosa.

Su afectación también es timidez, también es natural complejidad, también es dignidad del oficio de poeta.

Sin el negro tápalo (que tiene todavía “los dobles de la tienda”), no entraría Fuensanta en la iglesia... Ni se habría llenado el país “del aroma del estreno”.

Dejémosla así, cubierta la cabeza. Mexicanísima. Transparentándose sutilmente el suave perfil criollo. Y mirémosla, tal como está: Apasionada y devota. Y tal como es:

“Un misterio *vehemente* con los párpados bajos”.